

ENTRE BROMAS Y VERAS:
DE LA SÁTIRA DE MESONERO A LA DEFINICIÓN
DE UN MODELO DE COMPORTAMIENTO

Cuando, en septiembre de 1837, caricaturizaba Mesonero Romanos al Romanticismo y a los románticos ambos términos gozaban ya de amplia difusión entre el gran público por obra del teatro, de la narrativa y de aquella eficaz caja de resonancia del nuevo modo de sentir y de escribir que fue la prensa. La adhesión al Romanticismo por esas fechas es generalmente sinónimo de excentricidad, libertinaje y exaltación, urdimbre pintiparada para tejer graciosas burlas en torno a la imagen del joven calavera con ribetes de literato que hacia furor a la sazón. La intención de contribuir a su descrédito es evidente en la sátira de Mesonero pero, al contrario de lo que suele decirse, no sirvió para asestarle el golpe de gracia ni al Romanticismo ni a sus secuaces ¹ Condensando los rasgos distintivos de la nueva generación y aireando a los cuatro vientos el hábito que hace al monje dio más bien el espaldarazo definitivo a una fórmula que iba a seguir triunfando en los decenios sucesivos. Mesonero escribía para convencidos, para un público desdeñoso hacia novedades y novelerías de ultrapuertos, muy distante, en su sensatez castiza, del desquiciado modelo humano de los nuevos tiempos, pero no contó con el hechizo entrañado en el mensaje de osadía y pasión, de inquietud y rebeldía del talante romántico, actitudes todas ellas de jóvenes desde que el mundo es mundo y, como tales, sumamente atractivas para quienquiera que no hubiese encontrado todavía su lugar en la sociedad; actitudes que habrían de seguir ilusionando a la juventud española durante bastante tiempo, a pesar de los pesares.

Por insignificante y convencional que sea buena parte de la obra de esos epígonos no puede negarse, en cambio, el atractivo de la otra vertiente de aquel credo, o sea, de la existencial, que ninguna sátira logró disminuir un ápice ². Hagamos, pues, abstracción de lo literario para mejor evidenciar otros aspectos del fenómeno romántico que sirvieron de acicate a las nuevas generaciones y lograron hacer perdurar de modo insospechado la vigencia de aquel modelo de comportamiento hasta fechas inverosímiles más allá de los Pirineos. El tipo humano sobre el que Mesonero proyecta su humorismo encandila en aquel momento a la generación joven tanto — por lo menos — como enfada a los hombres chapados a la antigua. *Et pour cause*, como que, trastrocados los papeles, el protagonismo que pre-

¹ E. ALLISON PEERS, *Historia del movimiento romántico español*, Gredos, Madrid, 1954, II, pp. 23-27.

² J.L.L. ARANGUREN, *Moral y sociedad*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1967, p. 85.

tenden arrogarse aquellos imberbes «genios de pecho»³ supone el triunfo del mundo al revés. Con petulancia característica, el joven romántico ostenta ambiciones desmesuradas e inaplazables y cree en la literatura como catalizador tanto de la esfera pública como de la privada. En un nuevo avatar del antiguo y prestigioso concepto del poeta — sabio enciclopédico no menos que ser elegido, luz y guía de la sociedad — reivindica para sí mismo una «misión sobre la tierra» que hace sonreír a los burgueses machuchos, nada propensos a aflojar las riendas del poder, a trastocar las jerarquías consolidadas o a dejarse encarrilar fuera de lo trillado. Pero es innegable que la íntima conexión entre vida y literatura reivindicada por los jóvenes anticonformistas, hermanando el culto de la belleza y el servicio a la comunidad, tuvo mucho de mito resplandeciente y liberador, ahogado al cabo entre la faramalla de su propia degeneración.

En su entusiasmo, los jóvenes del día amenazan con transgredir convenciones estratificadas de antiguo, como la que hasta allí había relegado a la vida privada los devaneos con las musas, haciendo de ellos ocupación poco menos que vergonzante e impropia de sesudos varones. Frente a la timidez con que un Jovellanos o un Meléndez Valdés se sienten obligados a justificar su entrega a cosa «tan poco digna de un hombre serio» como los versos de sus verdes años⁴, aquellos «aprendices del delirio» que son los románticos para Mesonero no temen hacer de su dedicación total y apasionada a la poesía una bandera bajo la que exhiben sin sombra de pudor sentimientos e intimidades que escandalizan y dan que reír a los hombres de la generación anterior. Más aún: en su decidido rechazo de lo establecido proyectan su propio futuro como entrega absoluta a las letras, emancipadas por ellos de toda connotación baja o servil y elevadas a respetable género de vida. El desdén hacia una existencia condicionada por «la exactitud matemática o por las fórmulas del foro» que ostenta el sobrino de marras y su preferencia por ocupación tan vagarosa y a fin de cuentas — según la óptica de la cordura entrada en años — tan estafalaria como la «carrera de poeta» ha de entenderse, pues, como documento fehaciente del generoso idealismo y de la fe ilimitada en el poder mágico de la palabra que impulsa a los jóvenes del día, cosa que para sus mayores raya, en cambio, en pura y simple estupidez.

Precisamente por medio de la palabra ardiente del romántico habría de realizarse la apetecida transformación de la sociedad, y esto explica el florecimiento ex-

³ Como los define el mismo Mesonero en otro lugar: v. *Contrastes. El autor de bucólica*, en *Obras de D....*, B.A.E., Madrid, 1967, II, p. 248 a.

⁴ Cfr. G.M. DE JOVELLANOS, *Poesías*, ed. de J. Caso González, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1961, pp. 89-94; J. MELÉNDEZ VALDES, *Poesías*, Vda. e Hijo de Santander, Valladolid, 1797, I, pp. VIII-IX y XVI-XVII; J.M. BLANCO WHITE, *La Celestina*, en «*Variedades o Mensajero de Londres*», n° 3, abril 1824, I, p. 183.

traordinario de la publicística, palestra al tiempo que modo de vida de los novadores. Las letras, de puro juego y simple fruición estética privada se convierten ahora en incitación al debate público no menos que en profesión halagadora, llave de la ascensión social y sueño dorado de todo aspirante a escritor, alimentado por el triunfo crematístico de los más dotados. El acceso inmediato a la inmortalidad es inseparable de la letra impresa y corre parejas con el inmenso ascendiente de ésta sobre la opinión pública. Ciertamente es que la guasa de Mesonero al registrar el *cursus bonorum* de los prohombres aupados por la literatura ⁵ no se ceba en los frecuentes casos en que, marrado aquel deslumbrante objetivo, el joven de vanguardia acaba por recortar sus ambiciones y replegarse hacia más modestos cometidos. Sí lo hace, en cambio, y de mano maestra, Larra al trazar la nada insólita evolución del dramaturgo novel convertido en traductor a destajo *pro pane lucrando* ⁶.

Rasgo inseparable del joven romántico fue el de la espontaneidad, que sus detractores clasiquistas ponían en solfa atribuyéndolo no al genio inspirador sino a lo deficiente de su pretendida cultura. Habida cuenta del desierto intelectual en que vegetó España en la primera mitad del siglo XIX, el autodidactismo de la juventud más parece condena que culpa y en vez de hacer reír induce a reflexionar sobre la asimilación de modelos hecha en un ambiente que no era sino apéndice del mercado cultural de ultrapuertos. ¿Cómo admirarse de las lecturas del sobrino — francesas todas ellas — si lo barato y repetido de aquellas ediciones — por no decir nada de los folletines — las ponía al alcance de faltriqueras desguarnecidas? ⁷. Al contrario, las costosas ediciones de los clásicos españoles, que los clasiquistas no se cansaban de recomendar, los mantuvieron fuera del alcance exclusivo de la clase acomodada, de la que no siempre surgió el literato de la nueva ola. El desconocimiento de la literatura española no implica rebeldía en el joven moderno, que procura más bien hacer de necesidad virtud en el empeño de proyectarse hacia adelante sirviéndose de lo accesible. En una palabra, la ambición de ascender en la escala social que acucia al niño prodigio romántico poco tiene que ver con la subversión de valores anarcoide que empieza por derrocar de su pedestal a los clásicos castellanos para acabar minando el trono y el altar. Carencias culturales y autodidactismo conspiran así de consuno para consagrar una clasicidad de lo moderno y de lo extranjero entre los *parvenus* de la cultura que militan en las filas del Romanticismo español. Otro tanto cabría decir de su culto por el pasado, de la idealiza-

⁵ Cfr. *Costumbres literarias. La literatura*, loc. cit., p. 29 b.

⁶ M.J. DE LARRA, *Carta escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador*, en *Obras completas*, Montaner y Simón, Barcelona, 1886, p. 10.

⁷ Cfr. J.F. MONTESINOS, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Castalia, Madrid, 1966.

ción de la historia, ignorada de los más, por mucho que se empeñasen en proyectar sobre su cañamazo imaginario valores tan modernos como el primado de los sentimientos y la rebeldía contra la razón⁸.

¿Qué más? El narcisismo juvenil y la dependencia sentimental entrañada en la compenetración con el alma gemela, subrayados con sorna por Mesonero, remiten al delicado mecanismo de la elaboración colectiva característico del *Sturm und Drang*, ya huera y de pacotilla una vez vulgarizada a gran escala, por más que trajera su origen de ilustres precedentes. La sobrevaloración de la obra colectiva había tomado carta de naturaleza también en España pero abriendo derroteros impensados y dando lugar a que listillos y trepadores la vaciasen de significado para sacar partido de sus aspectos prácticos: dígalos sino la confección en comandita y a fuerza de engrudo y tijeras de revistillas literarias o refritos escénicos, flor de un día y, con todo, capaces de asegurar la manducatoria a más de un aspirante a literato⁹.

La seducción entrañada por ese modelo de comportamiento — por risible que pareciera — lleva al estereotipo del romántico a sobrevivirse a sí mismo, y se encarna con rara fidelidad en Gustavo Adolfo Bécquer, cuya vida y obra se ajustan a la caricatura de Mesonero hasta extremos impensables. Pero — ni que decir tiene — al llegar a este punto la burla deja de serlo para dar paso al más serio y cumplido dechado de poeta romántico que puede brindar la literatura española.

MARÍA ROSA SAURÍN DE LA IGLESIA
Universidad de Urbino

⁸ J. VICENS VIVES, *El Romanticismo en la historia*, en «Hispania», 1950, XLI, p. 754.

⁹ Cfr. MESONERO ROMANOS, *El Romanticismo y los románticos*, en *Obras...*, cit., II, p. 55a, y *El espíritu de sociación*, *ibid.*, p. 258b.